

El Monte Blanco

La avasalladora
belleza del
paisaje parece
desmentir
el adagio clásico
que afirma
que "el hombre
es la medida
de todas
las cosas"

(V. pág.
centrales)



Der.: Procopio Ferreira en su creación de "Harpagón", de la obra de Molière "El avaro", que le valió un sonado triunfo; horas de auténtico teatro, que el más popular de los actores evoca hoy gracia y melancolía...

María della Costa sigue siendo la gran señora de la escena brasileña que dio a su país prestigio internacional, paseando por el mundo, entre otras, su famosa interpretación de la obra de Guarnieri "Gimba"

Suplemento Dominical de

EL DIA

Fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco
el 2 de octubre de 1932

Año XLIII. Nº 2219. Montevideo, 7/III/1976

Directora: Dora Isella RUSSELL

Dep. Legal 31.227/72

El teatro en San Pablo

SAN Pablo es una ciudad sorprendente. Su vertiginoso desarrollo le abre un destino en el continente, imposible de imaginar, por su constante desarrollo. Reiteradas veces la hemos visitado durante medio siglo y en cada uno de nuestros viajes nos detuvimos asombrados ante un nuevo aspecto de la gran capital paulistana, feria de trabajo y de ilusiones donde ríos de seres humanos transitan por sus calles — algunas hermosamente viejas y otras atrevidamente nuevas — en ese apresuramiento tan común en las grandes capitales del mundo, donde la gente corre, corre siempre, muchas veces sin saber por qué...

Y es que San Pablo es una gran ciudad que realiza el doble milagro de iniciar un rascacielos por semana o derribar, en pleno centro, por "implosao", un edificio de casi veinte pisos en nueve segundos, sin molestar a los habitantes de las manzanas que lo circundan. Milagros de este siglo en que los hombres hacen y deshacen a su antojo...

Se explica, entonces, que sus once millones de habitantes encuentren su desahogo espiritual ante las más variadas expresiones artísticas como el teatro, la música, la danza y las tantas variaciones que las muestras plásticas difunden en los grandes y modernos salones de exposiciones, con las estupendas y sugestivas creaciones del arte nacional y extranjero.

Nuestro reciente viaje a esa urbe cosmopolita, nos ha permitido apreciar aun en plena época estival, su movimiento teatral intenso.

El público montevidense apreció y recuerda las brillantes actuaciones que en los últimos cincuenta años cumplieran en nuestra capital elencos muy prestigiosos, que merecieron el aplauso de nuestro público y

el elogio entusiasta de la crítica nacional. La limitación de esta crónica impide extenderlos, pero no podemos dejar de mencionar algunos nombres de aquellos conjuntos que pasaron por nuestros escenarios: Abigail Maia con Oduvaldo Vianna, Leopoldo Froes, María della Costa, Cacilda Becker — la gran creadora de "Poil de carotte" tan tempranamente desaparecida —, Tonia Carrero, Paul Autran, Dulcina de Moraes, Itala Ferreira, Jardel Jércolis... Pero son muchos otros los grandes intérpretes que hemos conocido trabajando en el país hermano y que, lamentablemente, no han llegado todavía a nuestras playas.

Es evidente que la ciudad de San Pablo gravitó en el desarrollo del teatro brasileño brindando siempre decidido apoyo al público, la prensa y las autoridades estatales. Orgullo noble de un pueblo por sus autores y sus comediantes, alerta siempre en la defensa de los grandes valores espirituales.

El Teatro Brasileiro de Comedia, el Teatro Arena y el Teatro Oficina fueron las instituciones que pusieron el sello de una nueva orientación artística a la vida teatral paulistana desde mediados de siglo. Todas las manifestaciones teatrales en las más modernas expresiones que, en esa época fueron surgiendo en el mundo, hallaron eco inmediato en los elencos citados y en los que, al calor de los mismos, nacieron posteriormente. En una actividad sin descanso, los grandes animadores de la escena de San Pablo y de Río Janeiro, fueron intercambiando sus espectáculos en un afán de lograr para el país una manifestación auténtica, donde las obras de los dramaturgos nacionales alternan en las carteleras con los grandes autores de todos los tiempos.

Acaso, nada señala mejor el clima de vida teatral de San Pablo, que el funcionamiento de catorce salas en pleno verano — diciembre y enero — con las representaciones — entre otras — de obras tan significativas del teatro brasileño como "Muerte y vida de Severina", basada en el poema de Cabral de Melo Neto, con el siempre angustiante problema de la gente nor-



teña; "Los ejecutivos", de Mauro Chaves, atrevida concepción del teatro moderno; "Simbad el marino", última manifestación colectiva del grupo "Pan y Circo" en el teatro Oficina, que sigue siendo la vidriera audaz de un arte libre... y comprometido; "Lección de anatomía", repite el largo éxito alcanzado en Buenos Aires en una interpretación más corporal que dramática; "Muro de arrimo", de Queiroz Telles, "Absurda persona", de Ayckbourn, "Bodas de sangre", de García Lorca, y "La mosqueta", la deliciosa comedia renacentista italiana de Angelo Beolco, pueden considerarse como los mejores espectáculos que presenciamos recientemente.

Queremos tener un recuerdo especial para "El vendedor de carcajadas", un monólogo que interpreta Procopio Ferreira, figura consular del teatro del Brasil para quien los años no parecen transcurrir y a quien nos une una amistad de más de medio siglo. Procopio Ferreira, que es vida e historia del teatro del país hermano, llena con su presencia, su gracia y su emoción la escena del teatro Escobar, en un relato en que alterna el fino humor con la suave melancolía de sus propios recuerdos, de sus viajes por el mundo, de sus contratiempos, de sus pasiones, de sus amores y de sus últimas esperanzas... Gran señor de la escena brasileña, es la suya una estupenda lección de humorismo de quien vivió en el teatro con inteligencia y sobriedad los personajes de Molière y de Goldoni, de Oduvaldo Vianna, de Viriato Correa y de Joracy Camargo, dramaturgos nacionales cuyas obras pasaron triunfalmente por los países americanos.

Procopio sigue siendo el primero en el corazón de su pueblo y en sus largos setenta años, mostrados en la escena con picardía juvenil, noche a noche se le brinda un cálido homenaje.

Queremos destacar, también, el entusiasmo del público paulistano ante el espectáculo que en el teatro Bandeirantes — una sala de mil plateas — ofrece Ediz Regina quien sola cumple su programa, integrado por canciones que ilustran un relato de su vida a través de las inquietudes y episodios detonantes de distintas épocas. Son las suyas, cantos a la humildad, a la pobreza, a las angustias del pasado, del presente y del futuro, al dolor y a la libertad. Ediz Regina, que además canta muy bien en castellano, tiene expresiones dramáticas impactantes, fino humor cuando las circunstancias lo requieren, voz desgarrante... Juega con el público como ella quiere, llevándolo de la emoción a la risa durante todo el desarrollo, a tal punto, que frente a la intención aguda de una frase o de un gesto, los mil espectadores la aclaman de pie. Es el suyo, un triunfo que no sabe del intenso calor veraniego, ni del precio de las localidades — cincuenta cruzeiros — uno de esos sucesos que hacen pensar...

Debemos destacar también el apoyo económico que el Servicio Nacional de Teatro — dependencia del Ministerio de Cultura de Brasil — presta a todos los elencos. Diariamente, una boletería ambulante que se instala en distintos barrios de los alrededores de San Pablo, vende las localidades para cualquiera de los teatros del centro a los pobladores de la zona, a la módica suma de diez cruzeiros, cubriendo la institución oficial la diferencia ante los elencos. Es una manera efectiva de apoyar a los conjuntos nacionales y de llevar a las salas centrales al público de los suburbios en un verdadero plan de extensión cultural. Semanalmente, — nos decía un alto funcionario estadual — se venden entre veinte y veinticinco mil localidades a personas que no se molestarían en concurrir a los teatros del centro. El precio de las localidades sigue siendo en el teatro un argumento decisivo.





Muchas otras observaciones podríamos relatar de nuestra reciente visita a San Pablo. Coincidió con nuestra presencia, la publicación por el importante rotativo "O Estado de Sao Paulo" de un importante trabajo de Sábato Magaldi y María Thereza Vargas, titulado "Cien años de teatro en San Pablo", trabajo que abarcó íntegramente cuatro Suplementos literarios de ese diario paulistano.

Sábato Magaldi, a quien tuvimos el gusto de conocer en viajes anteriores, es uno de los más destacados críticos continentales, una vida dedicada con talento y con pasión al arte escénico en sus distintas manifestaciones. Por eso, siempre, su palabra tiene importancia e interés.

Para terminar este artículo, nada más apropiado que las expresiones con que termina "Cien años de teatro en San Pablo", clara tónica de la hora actual del teatro del país hermano, a través del enfoque y del pensamiento de una opinión autorizada, aparecida con fecha 17 de enero del presente año, que dice:

"Hay dos problemas que afligen al teatro en San Pablo y en todo Brasil: la falta de subvenciones adecuadas y la falta de libertad de expresión. En todo el mundo, desde la clásica Grecia, el teatro de arte siempre existió con subsidios oficiales o mecenas voluntarios o designados por el Estado para prestar ese servicio público. Cualquier conjunto ayudado por el gobierno, hoy en día, en Europa recibe una contribución superior a la que el Estado de San Pablo destina actualmente para auxiliar a todo el teatro profesional durante todo el año. Con la inflación creciente y el aumento absurdo que cuesta el montaje de las obras, los auxilios que hoy se conceden a los elencos se vuelven en general deficientes. Es necesario actualizar debidamente el valor de las subvenciones que se deben ofrecer a los elencos profesionales. A pesar de la contribución ponderable que actualmente concede el Servicio Nacional de Teatro, en la actualidad, los conjuntos no tienen la seguridad de un trabajo continuado.

"Se sabe que el teatro sensibiliza las plateas cuando se convierte en un acontecimiento. Un acontecimiento de cualquier tipo, siempre que tenga un elemento de originalidad o de audacia, que estimula al espectador que abandonó una cómoda poltrona frente a un aparato de televisión para gozar de la escena auténtica. Estos acontecimientos solamente se producen cuando el teatro se expresa con libertad. La libertad con que se deben encarar las situaciones de todo



Zigmiev Ziembinsky, un gran director polaco radicado hace muchos años en Brasil y Plinio Marcos, cuyas actividades escénicas mucho significan en la evolución teatral del país hermano

orden, sea en el plano ético o social. El teatro solamente interesa en la medida en que pueda ahondarse el dedo en una herida. Los espectáculos tranquilizantes solamente hayan eco en un público pasivo, acostumbrado a los mensajes sedantes de los programas televisivos. Por eso, el problema verdaderamente grave del teatro brasileño de hoy, es determinado por la censura, que no lo deja transformar en un acontecimiento. Cualquier expresión osada es castrada en una sofocación gradual de la dramaturgia brasileña. Sin libertad, no hay teatro. Y el público está tan sediento de ella que, si el teatro vuelve a expresarse como debe, estamos seguros que será de nuevo el punto de reunión del pueblo brasileño."

Tales las frases con que termina el enjundioso trabajo de Sábato Magaldi y María Thereza Vargas, publicado hace pocas semanas en el importante diario "O Estado de Sao Paulo".

Angel CUROTTO

(Especial para EL DIA)



En su visita a nuestra casa, en el año 1926, vemos al comediógrafo brasileño Dr. Paulo de Magalhaes, la primera actriz Itala Ferreira y el primer actor Propicio Ferreira, interesante documento gráfico obtenido en la vieja redacción de EL DIA donde esas tres figuras fueron recibidas por los recordados críticos Cyro Scoseria y Eugenio Alsina

"ESTAS regiones no han sido estudiadas en ningún sentido: todo está por explotar y la Europa poco más sabe de ellas que merezca apreciarse, que lo que le han dicho Azara y D'Orbigny..." Quien esto escribía el 23 de mayo de 1843 al Ministro de Gobierno Santiago Vázquez, era Andrés Bello, a la sazón Jefe Político y de Policía de la Capital, al proponer la creación del Instituto Histórico y Geográfico Nacional. Este año, precisamente, se cumple el sesquicentenario de la llegada a Montevideo del naturalista francés Alcide Dessalines d'Orbigny, quien entre los grandes del siglo XIX —después de Auguste de Saint-Hilaire y antes de Darwin— recorrió la Banda Oriental.

Nacido en 1802 en Coueron, pequeña localidad del departamento del Loira inferior, d'Orbigny es ya a los veintidós años un naturalista formado. Como él mismo lo relata, una vocación que le viene por herencia —su padre, médico, es también versado en las ciencias naturales— hace que cuando llega a París en 1824, sus trabajos originales de Malacología le abran sin dificultad las puertas de los medios científicos, del *Muséum d'Histoire Naturelle*, en particular. Estaba dedicado así al estudio de sus moluscos preferidos, cuando la hora del destino suena para él: una empresa inglesa viaja a la América del Sur para explotar las minas de Potosí y el *Muséum* estima que Francia no debe quedar atrás en cuanto a explorar las posibles riquezas de aquellas nuevas y remotas regiones; se resuelve enviar un naturalista a América y la elección recae en d'Orbigny.

El joven científico se prepara para tan largo viaje; y pocas expediciones de este tipo fueron tan cuidadosamente alistadas. Asegurado el sustento económico, d'Orbigny acude a los viajeros que con anterioridad han recorrido aquellas regiones. A los uruguayos nos interesan aquí, sobre todo, los consejos e indicaciones que le brinda en esa oportunidad Auguste de Saint-Hilaire, quien —por decirlo así— acaba de retornar de aquellos parajes, habiendo viajado por la Banda Oriental, de setiembre de 1820 a enero de 1821. De parte de Saint-Hilaire recibe d'Orbigny "recomendaciones para muchos habitantes de Río de Janeiro y Montevideo" entre las cuales no pudo haber faltado una para Larrañaga, a quien mucho trató Saint-Hilaire. Sin embargo, no consta que d'Orbigny haya conocido a Larrañaga —ni siquiera lo menciona en sus escritos— lamentable e inexplicable hecho que hemos analizado en el N° 1971 de este Suplemento, con motivo del bicentenario del nacimiento del sabio montevidense.

De la dilatada estadía de d'Orbigny en la América del Sur —de setiembre de 1826 a setiembre de 1833— recordaremos aquí su permanencia en nuestro país. Llegado a Montevideo el 29 de octubre de 1826, viaja por mar a Maldonado el 17 de noviembre, recorre la región circundante, sus lagunas y la costa (en la *Punta Ballena*, sufre una peligrosa rodada). De retorno a nuestra ciudad el 2 de diciembre, en ella permanece hasta el 10 de enero de 1827, día en que viaja por tierra hasta el "triste poblado" de Las Vacas (Colonia), donde, a duras penas, encuentra una embarcación que lo lleva a Buenos Aires, cuyo suelo pisa el 22 de aquel mes. Volverá a Montevideo —después de haber recorrido las provincias argentinas— recién el 12 de diciembre de 1829; para alejarse definitivamente el 27 de ese mes, por vía de mar, rumbo a Chile.

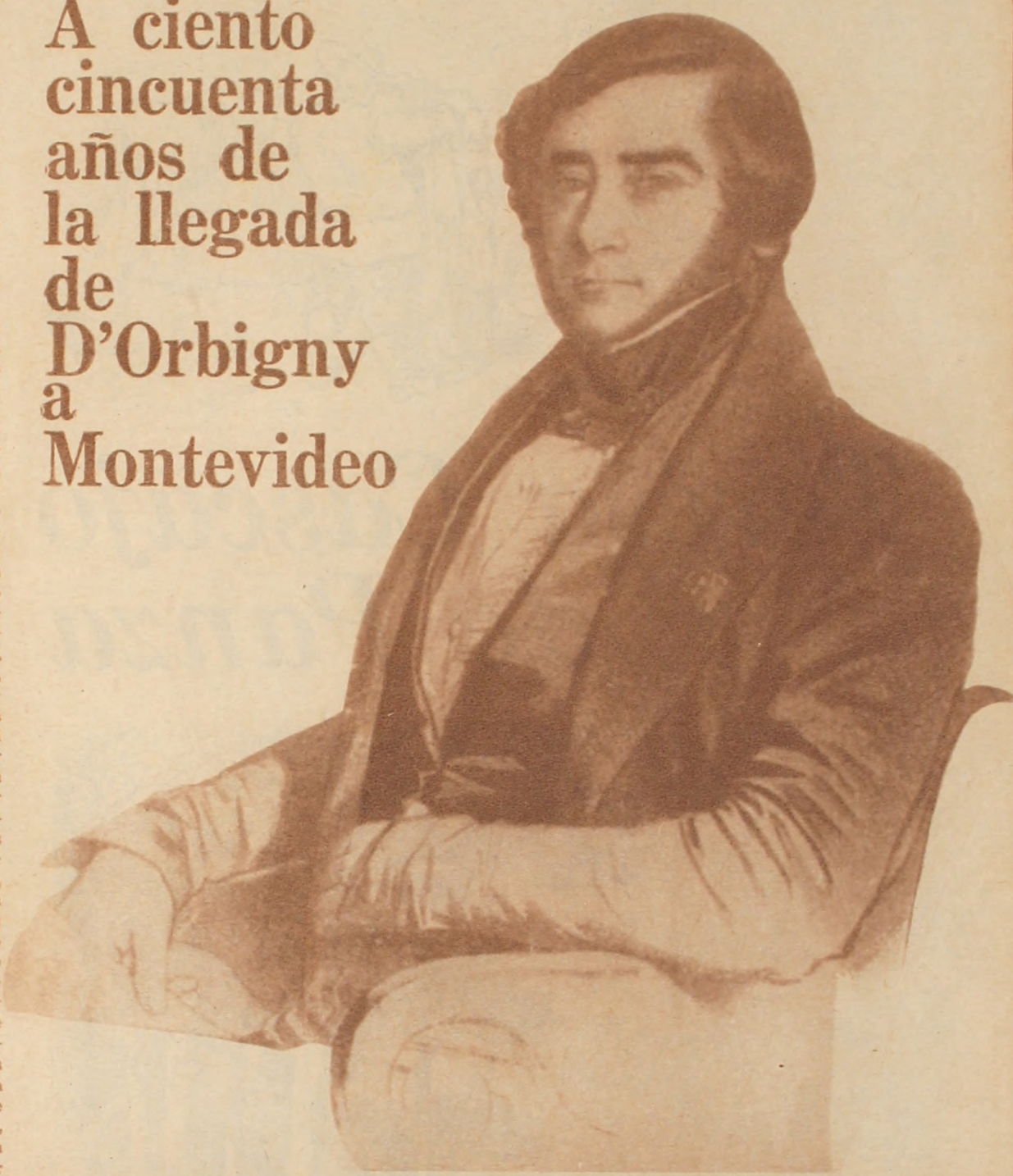
Es en su monumental obra *Voyage dans l'Amérique méridionale*, impresa en París entre los años 1835-1846, formada por nueve volúmenes (tres de relato, uno de Geografía, Geología y Paleontología, tres de Historia natural y dos atlas) que d'Orbigny nos ha legado el fruto de una extraordinaria labor cumplida durante siete años. Esta obra clásica —que la biblioteca del Museo de Historia Nacional de Montevideo tiene la fortuna de poseer en su acervo— sin parangón en la faz narrativa como en la faz descriptiva, tiene para nuestro país un gran valor documental, no sólo de carácter científico, sino también histórico, por el testimonio que aporta su autor acerca de una época decisiva en nuestro devenir de nación libre e independiente. Hombre de ciencia, d'Orbigny tiene como tal un criterio analista; sagaz observador de la naturaleza, lo es también del hombre y de los hechos; no llega quizás a nuestra tierra totalmente a oscuras de lo que ella es, pues es de suponer que, por su contacto con Saint-Hilaire, algunas nociones generales posee, aunque habidas por tercera persona. En nuestro suelo, sin embargo, libre de todo prejuicio

cio. La lectura de las páginas del *Voyage* que d'Orbigny dedica a la Banda Oriental arroja dos fuentes de información: una, documental, extraída —según su propia constancia— del *Ensayo de Historia Civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán*, de Gregorio Funes; así como de obras de "otros historiadores" no mencionados. Se refiere ésta a la época que media entre el arribo de Solís a estas costas y los sucesos del año 1828. La otra fuente básica la constituye su propia cosecha, la observación y el trato diario con la gente, el estudio del medio social.

El cronista que se apresta en la tranquilidad de su gabinete de trabajo a ordenar y redactar definitivamente sus apuntes y recuerdos de viaje, deficitariamente se sustrae a la tentación de juzgar "col senno di poi" lo que en el momento vio y vivió. En la narración de d'Orbigny, sin embargo, ordenada con estricto orden cronológico y cuya forma literaria nada quita a la precisión del objeto, hay un tono de sinceridad, un discurrir exento de toda ambigüedad, una secuencia falta de contradicciones, que nos llevan a una convicción de veracidad, de autenticidad. Extranjero al fin y recién llegado, no debe haberle sido fácil imponerse de la situación, del estado de cosas, del panorama político, esto es tomar conciencia de la lucha que asolaba al país; diríamos más —aunque extraño a ella— tomar partido. D'Orbigny abraza decididamente la causa de los patriotas frente al ocupante brasileño; su testimonio nos es valioso, pues a través de él nos percatamos de que no hay —por lo menos él no lo percibe— medias tintas, términos medios en el escenario trágico de la tierra oriental: sólo están los patriotas y los invasores. Su admiración, su simpatía, son por el coraje de los "soldados patriotas o gauchos", esos gauchos "milicia del país", "soldados de guerrillas". Aunque d'Orbigny vea ondear sobre la iglesia de Maldonado, aún en construcción, la bandera azul y blanca de la República Argentina y llame al pasar "argentinos" a los habitantes de Montevideo, bien llama *Orientales* a nuestros pobladores, de "carácter altivo e independiente"; y —ya en Buenos Aires— escribe a las claras que fue por el tesón de sus hijos que la tierra oriental se libró de la dominación brasileña. Cuando sale de Montevideo por primera vez, no puede dejar de anotar: "...y pude desde entonces respirar, con tanto mayor placer, el dulce aire de la libertad". Es que en Montevideo —escribe— "molesto en todos mis movimientos, me encontraba en cierto modo cautivo". Cautivo lo estuvo de veras, pues fue a parar a los calabozos de las *Bóvedas*, por querer efectuar observaciones barométricas cerca del fuerte de San José; este lamentable suceso lo indispuso contra los ocupantes brasileños, para quienes tiene duras expresiones. De lo que, en cambio, éstos no tuvieron culpa alguna fue de la molesta situación en que se encontró d'Orbigny a su llegada: años antes, en efecto, un embaucador, munido de documentos falsos, había logrado engañar a las autoridades, haciéndose pasar por un "gran naturalista" enviado precisamente por el gobierno francés. Distinto panorama político encuentra d'Orbigny al regresar a fines del año 1829 a Montevideo: "La ciudad —anota— había sido devuelta el 1º de enero de 1829, a sus verdaderos propietarios". En cuanto al aspecto material, "comenzábase a derrumbar murallas de todas partes; y desprovista de ese cerco, la capital del Estado Oriental del Uruguay debía tener un crecimiento de acuerdo con la importancia de su posición". Era esto el resultado de aquel infausto decreto de la Asamblea, de 25 de agosto de 1829, que mandaba demoler la Ciudadela y sus fortificaciones.

Aunque trató con igual brillo —servido por un talento aunado a una asombrosa capacidad de trabajo— varias ramas de las ciencias naturales, fue d'Orbigny en el ámbito de la Historia natural fundamentalmente un malacólogo. Eliseo Duarte en su *Lo nuestro en la sistemática de d'Orbigny*, nos dice que de las 980 especies de Moluscos que el ilustre naturalista estudió, más de 160 corresponden a nuestro país y a la República Argentina; a muchas nuevas para la ciencia que determinó, designó con nombres que recuerdan nuestra tierra, tales como *Lucina vilardebiana*, *Moncondylaea minuana*, *Mytella charruana*. A la inversa, los científicos de nuestro Museo de Historia Natural han dado su nombre a nuevas especies. Nos recuerda José Olazarri en su reciente *Historia de la Malacología en el Uruguay*, que la mayoría de las colecciones malacológicas de d'Orbigny se conservan en el Museo Británico.

A ciento cincuenta años de la llegada de D'Orbigny a Montevideo



Alcide Dessalines d'Orbigny (1802-1857)

"La tierra se alejó poco a poco, el Cerro descendió en el horizonte y desapareció finalmente de nuestra vista. Saludé por última vez las tierras orientales de América, que durante cuatro años fueron teatro de mis investigaciones; no debía volver a verlas" escribía con melancolía d'Orbigny al dejar Montevideo el 27 de diciembre de 1829. Profecía a medias: quiso el destino que el Uruguay retomara contacto con él, en la persona de uno de sus más esclarecidos hijos, el doctor Teodoro M. Vilardebó. El 19 de abril de 1847, a los pocos días de llegar a París, Vilardebó —quien en esta su segunda estadía permanecerá en la capital francesa hasta 1853— se hace indicar el domicilio de d'Orbigny y el 29 de aquel mes le pide, por carta, una entrevista. Al día siguiente, impaciente, anota en el diario parcial de su estadía, que fuera publicado por Rafael Schiaffino, en 1940, en la Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay: "De d'Orbigny no he recibido contestación, lo que prueba, que no quiere recibirme". Nada de eso: el naturalista francés le contesta y la ansiada primera entrevista tiene lugar el 6 de mayo. En otra visita, "me enseña d'Orbigny —escribe Vilardebó— lo que ha dicho en su obra, viaje a la América meridional, sobre la geología de Montevideo y los fósiles que allí se encuen-

tran". En esta oportunidad, Vilardebó acude a d'Orbigny para proyectar la impresión y calcular el costo de una obra sobre la "historia del país", cuyo manuscrito había traído de Montevideo y que se proponía publicar en París. ¿Qué eran esos papeles? Constituían el fruto de estudios que Vilardebó venía llevando a cabo desde años atrás sobre la historia nacional; actividad ésta que lo había llevado a un estrecho contacto intelectual con Andrés Bello; comunidad de propósitos que —como es sabido— cristalizó con la creación del Instituto Histórico y Geográfico, del cual fue su primer secretario.

Pero el nombre de este Instituto no era quizás nuevo para d'Orbigny: en efecto, en las actas de las sesiones de la primera y efímera etapa de vida de esa corporación, precisamente en la de 2 de julio de 1843 —que fueron publicadas por Juan E. Pivel Devoto en 1937— figura el nombramiento de d'Orbigny como "socio corresponsal".

A los ciento cincuenta años de su llegada a Montevideo, merece así d'Orbigny, a justo título, el devoto recuerdo y el reconocimiento de la tierra oriental.

Ing. Q. Jorge GRUNWALT RAMASSO
(Especial para EL DIA)



Teresa Cascajo de Panza



DISCURRIREMOS hoy sobre una de las mujeres que integran el retablo más apasionante de la narrativa española. Nos referimos a Teresa Cascajo de Panza, la inefable consorte del escudero de don Quijote. Sabemos que no es ella, en la inmortal novela de Cervantes, un personaje de primera magnitud. Sabemos también que, si bien no decide el desenlace de ningún acontecimiento, influye, a su manera, en alguna de las situaciones marginales. Por su condición de esposa de Sancho Panza y por la "discreta y sabrosa plática" que con él mantiene en el capítulo V de la segunda parte de la obra, esta buena señora despierta la simpatía y la curiosidad del lector. Y, al suscitar ambos sentimientos, abre a la imaginación variadas perspectivas. Nos proponemos trazar su semblanza y revalidar los caracteres de su personalidad, atrayente y sugeridora.

Hablar de una mujer que no ha pasado en vano por la vida o por la ficción resulta una tarea grata, sobre todo cuando se piensa que, durante muchos siglos, la ignorancia y la torpeza condenaron a la mitad del género humano a un verdadero ostracismo espiritual. Nadie desconoce que, en todo tiempo, el peor enemigo de las aspiraciones femeninas de superación fue el hombre. Claro está que hubo excepciones honrosísimas. Pero vale la pena, a modo de paréntesis, recordar algunos de los dicterios con que ciertos varones, y no precisamente de letras gordas, dispararon contra el bello sexo. Un talentoso humanista uruguayo, el doctor Juan Carlos Mussio Fournier, inventarió varios de esos dislates. Nada menos que al legendario rey Salomón se le atribuyen estas lindezas: "La mujer es más amarga que la muerte. De cada mil hombres, he encontrado uno bueno. De cada mil mujeres, ninguna". El amargo satírico griego Hiponacte llegó a una conclusión sin desperdicio: "Sólo hay dos días en que la mujer os regocija: el día de la boda y el día de su entierro". Y, por último, un encumbrado señor, de cuyo nombre no puedo acordarme, afirmó sin ambages: "Es más difícil encontrar una mujer buena que un cuervo blanco."

Teresa, nombre de origen latino, tiene ya, cuando lo ostenta la media naranja de Sancho, el prestigio que le ha dado su egregia compatriota la Doctora Mística. Cascajo, apellido de prosapia desconocida, ha sido honrado con todas las virtudes de la llaneza social. Unido al del sin par escudero, cobra una extraña sugestión. Inexplicablemente, en un pasaje de la primera parte de la sátira, Sancho Panza llama también a su esposa, Mari-Gutiérrez y Juana Gutiérrez.

Antes de proseguir, contemplemos la efígie de nuestra amiga doña Teresa Cascajo de Panza, bosquejada así en el capítulo quincuagésimo de la segunda parte del libro: "No era muy vieja, aunque mostraba pasar de los cuarenta; pero fuerte, tiesa, nervuda y avellanada." Recordemos, asimismo que, cuando la encontramos conversando con Sancho, las manos en jarras, limpia su saya parda y bien prendido el moño de su pelo, es madre de dos hijos: Mari Sancha, una lozana muchacha que desea "tener marido", y Sanchico, un zangolotino de quince años que todavía se mantiene analfabeto.

Ahora bien: generalmente, la crítica, atraída por otras mujeres de la célebre novela, tales como la quimérica Dulcinea del Toboso o la mal entretenida Duquesa, ha soslayado a Teresa Cascajo. Injusticia flagrante, sin duda alguna, porque en ella alienta uno de los arquetipos del alma femenina de España. Humilde, honesta, luchadora, hacendosa, abnegada, devota y dueña de esa alegría de vivir que revela salud física y salud espiritual, engrosa la legión de seres anónimos cuya conducta intachable genera silenciosamente las reservas morales de la raza.

Más de seiscientos personajes se mueven en "El Quijote", la obra que, a través del tiempo, ha alcanzado la mayor resonancia después de las Sagradas Escrituras. Todos ellos marchan urgidos por las pasiones, las miserias y las grandezas del género humano.

Conviene insistir en que esta epopeya de la libertad del corazón surge inspirada por un sereno designio, altamente reivindicatorio y constructivo. "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha" quiere ridiculizar las absurdas hazañas de los paladines errantes que se han multiplicado en la Literatura de la Península merced a la influencia de Amadís de Gaula. No se propone invalidar la significación moral de la caballería sino zaherir el falso predicamento de las aventuras inverosímiles adjudicadas a sus héroes. Por ello, decía don Marcelino Menéndez y Pelayo que "la obra de Cervantes no fue de antítesis ni de seca y prosaica negación sino de purificación y complemento. No vino a matar un ideal sino a transfigurarle y enaltecerle. Cuanto había de poético, noble y humano en la caballería, se incorporó en la obra nueva con más alto sentido. Lo que había de quimérico, inmoral y falso,

"no precisamente en el ideal caballeresco sino en las degeneraciones de él, se dispó como por encanto ante la clásica serenidad y la benévola ironía del más sano y equilibrado de los ingenios del Renacimiento".

A su vez, los hombres y las mujeres que se agitan en torno de don Quijote y de Sancho Panza guardan, pese al énfasis, a la hipérbole y aun a los trazos caricaturescos con que el autor los lanza al mundo, un intangible substrato de nobleza. Teresa Cascajo no escapa a esta generalización.

Don Quijote sueña con un mundo más justo y, en pos de él, se echa a los caminos. Sancho sueña también con un mundo mejor. Mas, a diferencia del mundo de don Quijote, que abarca toda la redondez de la Tierra, el suyo está limitado por las tapias de su corral. Don Quijote anhela días venturosos para la Humanidad. Sancho Panza quiere días venturosos para Teresa, para Mari Sancha y para Sanchico. Ambas aspiraciones, resultantes de la idiosincrasia de cada uno, son igualmente respetables.

No corresponde exaltar aquí la figura de Sancho, sobre la cual se ha expedido don Miguel de Unamuno subrayando que "fue grande porque siendo cuerdo creyó en la locura ajena", porque "amó al loco y le siguió cuando otros locos no le hubieran seguido" y porque fue un hombre de fe, de tanta fe como su amo. Corresponde, sí, apreciar cómo Teresa Cascajo se adecúa sin violencias al talante de Sancho Panza. ¿Por qué? Porque es sencilla, buena y confiada y porque acaricia la esperanza de un porvenir risueño para su marido y para su prole.

Cuando, en vísperas de la tercera salida de don Quijote, regresa Sancho a su aldea para ponerse él y el amo en condiciones de "rodear el mundo y a tener dades y tomaros con gigantes, con endriagos y con vestiglos, y a oír silbos, rugidos, bramidos y baladros", mantiene con Teresa Cascajo un diálogo inolvidable. Cree a pie juntillas el ingenuo escudero que sus servicios le depararán el gobierno de una insula. Además, proyecta casar a su hija con un señor importante: por ejemplo, un conde. A las dos perspectivas, se opone la humildad de su mujer. Pero, ante la firmeza con que Sancho Panza insiste, ella contesta resignada: "El día que yo la viere condesa, ése haré cuenta que la entierro; pero otra vez os digo que hagáis lo que os diere gusto, que con esta carga nacemos las mujeres, de estar obedientes a sus maridos aunque sean unos porcos."

Mientras nuestra Teresa Cascajo queda en su hogar, don Quijote y Sancho discurren en busca de aventuras. Los acontecimientos se suceden con ritmo más acelerado que en la primera parte y ambos peregrinos topan con los Duques. He aquí un par de granujas: un matrimonio de aristócratas holgazanes que acogen en su castillo a los dos errabundos personajes para reír a mandíbula batiente y que le encargan a Sancho Panza la regencia de una insula llamada Baratania.

Ungido Panza con el gobierno, la señora del Duque le envía a Teresa Cascajo una sarta de corales y una carta meliflua, en la que le formula hipócritas protes-



tas de afecto. Luego de acusarle recibo (por otra mano), en un pliego estremecido de agradecimiento, la de Cascajo, que comienza a sentirse algo tentadilla por los halagos de la mundanidad, le escribe así a su cónyuge:

"Tu carta recibí, Sancho mío de mi alma, y yo te prometo y juro como católica cristiana que no faltaron dos dedos para volverme loca de contento. Mira, hermano: cuando yo llegué a oír que eres gobernador, me pensé allí caer muerta de puro gozo; que ya sabes tú que dicen que así mata la alegría súbita como el dolor grande. A Sanchica tu hija se le fueron las aguas sin sentirlo, de puro contento. El vestido que me enviaste tenía delante, y los corales que me envió mi señora la duquesa al cuello, y las cartas en las manos, y el portador de ellas allí presente; y con todo eso creía y pensaba que era todo sueño lo que veía y lo que tocaba; porque, ¿quién podía pensar que un pastor de cabras había de venir a ser gobernador de insulas? Ya sabes tú, amigo, que decía mi madre que era menester vivir mucho para ver mucho; dígoles porque pienso ver más si vivo más; porque no pienso parar hasta verte arrendador o alcabaleiro, que son oficios que, aunque lleva el diablo a quien mal los usa, en fin, en fin, siempre tienen y manejan dineros. Mi señora la duquesa te dirá el deseo que tengo de ir a la corte: mírate en ello, y avísame de tu gusto; que yo procuraré honrarte en ella andando en coche."

"El cura, el barbero, el bachiller y aun el sacristán no pueden creer que eres gobernador, y dicen que todo es embeleco, o cosas de encantamiento, como son todas las de don Quijote tu amo; y dice Sansón que ha de ir a buscarte y a sacarte el gobierno de la cabeza y a don Quijote la locura de los cascos; yo no hago sino reirme, y mirar mi sarta, y dar traza del vestido que tengo de hacer del tuyo a nuestra hija. Unas

"bellotas envió a mi señora la duquesa; yo quisiera que fueran de oro. Envíame tú algunas sarta de perlas, si se usan en esa insula. Las nuevas de este lugar son: que la Berrueca casó a su hija con un pintor de mala mano, que llegó a este pueblo a pintar lo que saliese. Mandóle el concejo pintar las armas de Su Majestad sobre las puertas del ayuntamiento; pidió dos ducados, diéronselos adelantados, trabajó ocho días, al cabo de los cuales no pintó nada, y dijo que no acertaba a pintar tantas baratijas; volvió el dinero, y con todo eso se casó a título de buen oficial; verdad es que ya ha dejado el pincel, y tomado la azada, y va al campo como gentil hombre. El hijo de Pedro de Lobo se ha ordenado de grados y corona, con intención de hacerse clérigo; supolo Minguilla, la nieta de Mingo Silvato, y hale puesto demanda de que le tiene dada palabra de casamiento; malas lenguas quieren decir que ha estado encinta de él; pero él lo niega a pies juntillas. Hogaño no hay aceitunas, ni se halla una gota de vinagre en todo este pueblo. Por aquí pasó una compañía de soldados, lleváronse de camino tres mozas de este pueblo; no te quiero decir quién son, quizá volverán, y no faltará quien las tome por mujeres con sus tachas buenas o malas. Sanchica hace puntas de randas; gana cada día ocho maravedíes horros, que los va echando en una alcancía para ayudar a su ajuar; pero ahora que es hija de un gobernador, tú le darás la dote sin que ella lo trabaje. La fuente de la plaza se secó; un rayo cayó en la picota, y allí me las den todas. Espero respuesta de ésta y la resolución de mi ida a la corte; y con esto, Dios te me guarde más años que a mí, o tantos, porque no querría dejarte sin mí en este mundo. — Tu mujer, TERESA PANZA."

Esta epístola y la conversación con Sancho Panza ponen de manifiesto el carácter sin repliegues de Teresa Cascajo, una criatura diáfana y cándida, tan cándida como para creer que todos obran animados por su misma buena fe. Dos enemigos gravitan en la encrucijada que vive: las veleidades de su marido y las bromas sangrientas de los Duques. Acaso sea ella uno de los personajes más defraudados y más dignos de lástima cuando terminan los trajines de don Quijote. Llamada a la realidad, habrá llorado a lágrima viva el fracaso de sus mejores ilusiones. Si llegó a enterarse de los embustes con que despiadadamente la envolvieron el Duque y la Duquesa, preferimos no imaginar sus reflexiones y sus denuestos. Deseamos que perdure en nosotros el recuerdo de su parla donosa. Queremos seguir contemplándola como la vio José Sánchez Rojas, su magnífico pintor:

"Teresa Panza es económica, alegre, apañadita, francota, pobre, tosca, llana y limpia. Teresa Panza no pierde entierros, funerales, festines, bodas y bautizos del lugar. Teresa Panza faja a todos los recién nacidos, asiste a todas las paridas, planea a todos los difuntos, viste a todas las novias, consuela a todos los afligidos, despioja a todos los rapaces, da recetas y emplastos para todas las dolencias, come en todos los festines, arregla a todos los novios, presencia todos los acaecimientos, da fe de todo lo pasado, husmea todo lo futuro, sabe todas las nuevas de la aldea."

Como en el mundo cotidiano, en la sin par novela de Cervantes hay personajes signados por una pureza y una credulidad tan entrañables que logran rescatarse a sí mismos del olvido. Ahí está, en primer plano, Teresa Cascajo de Panza, señora de la humildad y del ingenio sin malicia. Sea para ella el tributo de nuestra simpatía, que ofrecemos también como homenaje a la grandeza moral de todas las mujeres de su abuelo sin pergaminos:

Tuvo el don de la ternura
y el fervor de la esperanza.
Así fue, genio y figura,
la mujer de Sancho Panza.

Ni escudos ni ejecutorias
lució Teresa Cascajo.
Sólo supo de las glorias
del amor y del trabajo.

Castellana de verdad,
desde la piel a la entraña,
su gracia y su honestidad
son patrimonios de España.

Adolfo RODRIGUEZ MALLARINI

(Especial para EL DIA)



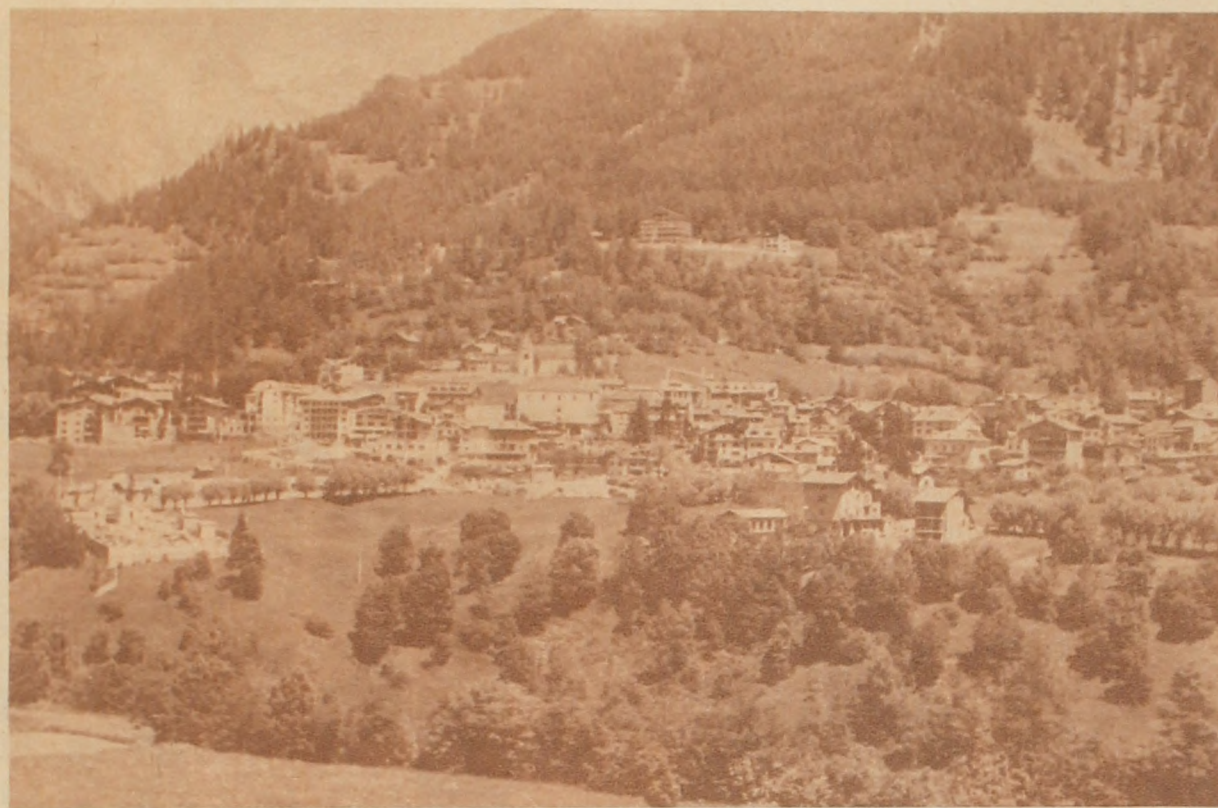
Frente a
la majestad del
**Monte
Blanco**



Courmayeur: seducción del paisaje

Cadena del Monte Blanco - Diente del Gigante

Vista panorámica de Courmayeur



LA bellísima ciudad de Aosta, capital de la región del valle homónimo, es una etapa inestimable en el feérico viaje hacia la eminencia blanca que corona a la pequeña Courmayeur. Aosta, la antigua Cordelia de los "pastores indómitos", está emplazada en medio de gigantescas montañas de blancas cimas y reúne, en ese cuadro majestuoso, el inigualable encanto del valle con la imponente serenidad de la montaña. Cerca de la ciudad, el turbulento Dora nos acompaña a lo largo del viaje entre una exuberante vegetación jalonada de ruinas históricas y de castillos medievales que nos despiertan a la azarosa historia de esta región privilegiada. Es esta zona riquísima en tesoros arqueológicos, muchos de los cuales datan de una época anterior a la era cristiana. Calles, rutas, puentes, arcos, todo nos recuerda el poderío romano visible aún en las construcciones sometidas a dos milenios de intenso uso. La vida simple y laboriosa de los montañeses valdostanos se desarrolla hoy, como hace siglos, con una tenaz serenidad que excluye todo cambio espectacular.

Los habitantes, antiguos druidas celosos de su autonomía, han conservado todas las características de la raza primitiva. Ya en el año 141 anterior a nuestra era, los guerreros valdostanos infligieron una seria derrota a las huestes romanas que sólo lograron someterlos allá por el año 25 de la misma era. Pero durante más de un siglo los "pastores indómitos" lucharon por su independencia y sólo cuando obtiene una victoria definitiva, Augusto hace construir, para celebrar su triunfo, el arco de honor a la entrada de la ciudad que cambiaría su nombre de Cordelia por el de Augusta Pretoria, luego simplemente: Aosta. Con la caída del Imperio Romano el Valle de Aosta se convierte en pasadizo de huestes bárbaras, tales como los visigodos, godos, vándalos, borgoñones, francos, lombardos y sarracenos. Luego los habitantes, dispersados por los invasores, se agrupan nuevamente en la región y reorganizan su gobierno. Hay todo un reflujo que se manifiesta en la erección de castillos, de fortalezas y de monumentos religiosos. Los obispos se convierten en Condes de Aosta y en la primera autoridad civil de la región. Llaman a artistas y artesanos que acuden a Aosta para dejar allí su obra en iglesias, claustros y torres de incalculable valor histórico, la mayoría de ellos en purísimo estilo románico. Es éste, para el valdostano, un verdadero respiro de paz hasta que la Revolución Francesa cancela la autonomía del Valle de Aosta.

Durante la época romana, el trazado de la ciudad fue un cuadrilátero rodeado de sólidos muros externos, con torres y arcos de ingreso, bastiones inexpugnables y, dentro del perímetro activo, los monumentos civiles que aún admiramos y que se encuentran en excelente estado de conservación. Entre éstos la Puerta Pretoriana, y el Teatro Romano de capital importancia arqueológica por la originalidad y belleza de su arquitectura. Las ruinas de este último tienen una altura de veintidós metros casi aérea con sus arcos y tres series de ventanas de formas variadas. Los gigantescos pilares de piedra tallada en bloques son de una sobriedad y elegancia que sorprende y encanta a la vez. También es de la época de Augusto, el puente romano de un solo arco hecho de bloques de piedra. Ha soportado durante más de once siglos el tránsito intenso de peregrinos y soldados que colmaban la región.

Numerosos también son los monumentos medievales de esta pequeña ciudad. Al lado de la Puerta Pretoriana, la gran torre cuadrada llamada de St-Ours, "guardiana al mismo tiempo que centinela de la ciudad en la época en que era menester custodiar a diestra y siniestra", así como el campanario homónimo en estilo románico, que se encuentra flanqueado por un tilo gigantesco. Con su extraordinario verdor estivo o sus tonalidades cobrizas en otoño, agrega éste una nota cálida y viva a la austera piedra. La cripta de St-Ours, verdadera joya diminuta, es uno de los templos cristianos más antiguos, anterior al año 500 y en estilo latino. Sirvió como centro religioso en la época de las persecuciones primitivas. En el pavimento de la cripta podemos leer: "Esta cripta fue la primera Iglesia cristiana de la región. Aquí yacen los despojos mortales de los primeros mártires de Saint-Ours y de varios obispos. Sobre estas piedras gastadas por las rodillas de los peregrinos, han orado cuarenta generaciones de fieles valdostanos...".



Monte Blanco

El claustro de St-Ours, "poema de mármol", por la calidad de su construcción y su incomparable belleza, merece una visita muy detallada. Construido alrededor del año 1133, conserva su extraordinario encanto y es todo un llamado al recogimiento. Numerosos artistas y artesanos han dedicado parte de su vida a la ejecución primorosa de los bellísimos capiteles que reúnen a la vez lo mejor del arte popular y simbólico en estilo románico. Con sus cuarenta columnas terminadas por estos capiteles que narran la vida de los santos, este monumento es quizá el más importante de toda la región valdostana. No existe ningún detalle que pueda indicarnos los nombres o el origen de quienes crearon tanta belleza, evidenciando así la ejemplar humildad y espíritu de pobreza que observaban en esa época los cultores del arte sacro.

Entre tantos monumentos medievales quizá el que despierta mayor interés sea la Torre del Leproso, immortalizada por el célebre escritor Xavier de Maistre en su libro: "El leproso de la ciudad de Aosta". El escritor exalta la imponente construcción, mientras narra la desgarradora historia del solitario enclaustrado entre sus muros. Las mismas piedras, el mismo pavimento, el mismo jardín pequeño y recogido que frecuentaba el leproso se visitan aún en este rincón que llama a la meditación. El genio de Xavier de Maistre ha creado una obra maestra de sensibilidad en páginas inolvidables imbuidas de

una tristeza persistente que se renueva con cada ocasión durante la vida de su personaje. La autenticidad del relato será luego confirmada por la partida de defunción de: "Guasco, Petrus, Bernardus, lepris affectus, filius Lazari, oriundus e parocchia Sancti Lazari...". La leyenda se ha apoderado ahora de los viejos muros que dos cruentas guerras y todos los cambios atómicos no han podido aún desalojar.

Y así, entre historia y leyenda dejamos atrás a los importantes monumentos que son testigos del sentir de poderosos y humildes y nos acercamos lentamente, escoltados por el Doria que es fuente de verdor y de vida en todo el Valdostano, a la eminencia blanca, autoridad suprema del valle, cuya silueta diáfana se alza en todo su esplendor recortada contra un cielo muy azul y rodeada de pardas montañas cubiertas de una vegetación a la vez pulida y armoniosa.

LA EMINENCIA BLANCA

Al pie del Monte Blanco el imponente glaciar de la Brenva desciende como un manto graciosamente plegado donde milenios de nieve han sepultado la audacia del hombre. En la cima, nada ha cambiado desde que los "pastores indómitos" fueron expulsados de sus tierras por las huestes romanas. Por medio del teleférico que une a Courmayeur en Italia con su vecina francesa: Chamonix, en seis saltos espectaculares habremos escalado los altos picos y llegado a más de 3.800 metros de altura, en un desierto casi espectral, acompañados por el silencio absoluto que reina en el paisaje estático de agujas afiladas y cúpulas fantásticas de obsesional transparencia e hiriente blanco azulado. A uno y otro lado de la Vallée Blanche, las cimas de las Grandes Jorasses, de la Aguja del Diablo, del Diente del Gigante, del Monte Maldito nos muestran la encrucijada de los Alpes suizos, italianos y franceses.

En la tibieza amiga de un día de sol, fácil es olvidar la ferocidad del Monte Blanco. Su pavoroso

encanto ha devorado, siglo tras siglo, a numerosas vidas humanas. El espanto de la montaña, su fuerza titánica, su belleza sin par, esa majestad inmutable que atrae constantemente nuestra atención donde quiera que nos hallemos, rige desde siempre el destino valdostano. La eminencia blanca ha triunfado sobre el hombre y ha rechazado todo aquello que le era ajeno.

El crepúsculo dura aquí varias horas y al caer la noche con el último rayo de sol que festonea las aristas de las Grandes Jorasses, entre el tintineo lejano del rebaño que retorna al valle, no es raro oír a un alpino entonar con voz nostálgica y erre francésima, una canción de su tierra.

EL VALDOSTANO

Desde hace siglos el campesino del Valle de Aosta vive su vida serena y laboriosa sin que el progreso logre cambiar sus costumbres. Las casas, por razones económicas, son de varios pisos, ya que en ellas se debe, no sólo vivir, sino cobijar el ganado cuando se lo tiene, o acumular el forraje en los pisos altos para soportar la invernada. Bajo los sobradillos, las ventanas son lo suficientemente amplias para permitir la entrada de los fardos prolijamente preparados en cilindros que huelen a campo y a flores. El trabajo preliminar ha sido duro. En la primavera y el verano las laderas de las montañas son un continuo ir y venir de pastores y rebaños, de hombres y mujeres con guadañas y rastrillos que se mueven perfectamente sincronizados. El hombre corta la hierba con ritmo de marea. Las guadañas silban entre los tallos jugosos que las mujeres amontonan con sus anchos rastrillos de madera, mientras el perro familiar se revuelca gozoso en tan mullido lecho. Todo huele a flores y a hierba fresca, y el perfume penetrante de la siega nos llega con los primeros rayos del sol, mientras la maravilla multicolor se marchita lentamente para convertirse en heno. Las golondrinas pasan como rayos en su piar estridente, siempre activas,

Calle típica del Valdostano



Aosta. Arco de Augusto



Aosta. Catedral

siempre jubilosas. En la época del amor, al caer la tarde, el macho gorjea con trino armonioso y variado. No es ya el vuelo cortante y chillón, sino un revoloteo ondulante y musical. Toda una coreografía de exaltadas promesas.

La montaña ofrece al valdostano gran variedad de hierbas medicinales, entre ellas la viola alpina que durante el duro invierno curará el catarro, o el fragante génepy con el que confeccionan bebidas digestivas. El montañés, gran conocedor de su tierra, sabrá encontrar en ella, para cada dolor, una hierba prodigiosa.

El valdostano es en general alto y fornido, rubio, de ojos claros y rostro bronceado por el sol. Además del dialecto piamontés, todos hablan italiano y francés, ya que consideran a esta última lengua como parte de su acervo secular. En un pueblito pequeñísimo, habitado quizá por un centenar de almas, recuerdo haber visto indistintamente: Rue de la Victoire, Via della Vittoria en todo su largo de doscientos metros. Toda una lección de tolerancia y cordura.

Los montañeses aman las inscripciones. Las vemos talladas en piedra o grabadas en los muros de

las casas. Se leen a menudo invocaciones al Monte Blanco, a la Madona, a los santos protectores y hasta ingenuas advertencias como ésta: "Dos cosas en la vida no podrás eludir: el ojo de Dios que todo lo ve y el amor de la madre, que siempre te acompaña."

PLATICA CON UNA VACA

Hoy, como en los tiempos remotos de sus indómitos antepasados, los pastores llevan sus rebaños a la montaña apenas despunta el día. Los animales lustrosos, cuidados con esmero, son de una mansedumbre tal que obedecen a una orden o a un simple llamado. Me dice un pastor muy pequeño —no puede tener más de ocho años, pero los hay también de ochenta— que todas las vacas tienen nombre. Veo que todas, sin excepción —excluyendo a aquellas que pertenecen a familias enlutadas— lucen un amplio collar de cuero con hebilla y cencerro. Hay campanas grandes, medianas y pequeñas, de sonido grave y cavernoso o agudo y ligero, y el pacer de estos animales es una música continua que vuela de colina en colina. El tintineo incesante anuncia desde lejos la presencia del rebaño, y la ladera del Checrouit es un jardín de

vivísimos colores salpicado de margaritas, campanulas color añil, tiernos nomeolvides, verbenas de un lila pálido o carmín encendido, botones de oro sedosos, salvia azul intenso, lágrimas de la Madona, todo en un irisado vaivén de marea multicolor donde pace el ganado sosegado. Me acerco a una vaca de andar muy lento que no se aparta ante mi proximidad. Me mira con grandes ojos tiernos mientras su lengua de esmeril saborea un riquísimo ramillete. La acaricio y bajo mi mano la piel satinada ondula como una diminuta cascada sobre el lomo tibio. Siento el olor saludable a cuero, a leche, a hierba fresca. "¡Tin, tin!..." suena su cencerro. "Tan, tan, tin, lin!" contestan las cuarenta campanillas de sus compañeras. La visión panorámica del gigante blanco allá en la altura, y el valle muy verde se concentra ahora en las florecillas de vivos colores que tengo a mis pies, mientras la vaca con prolijidad va cercenando los tallos húmedos. "Señora vaca, sea usted razonable! Vea qué jugosa está la hierba!... ¡Cómala!... ¡Cómala toda si quiere!... ¡Cómase todo el prado, pero por favor déjeme las flores!..." El animal vuelve lentamente hacia mí la cabeza. Me observa con indulgencia. "Tin, tin!... Tintlinlin! me dice muy bajito la campanilla. Yo insisto: "Quizá las coma usted por costumbre... porque ignora sus nombres". Entro en confianza: "Mira —la tuteo ahora— ésta se llama "arcángelica". Es linda, ¿verdad? Y esta otra celestita, color de cielo se llama "ojo de la Madona". ¡No! ¡No la puedes comer! Aquella alta es "amor encendido" y, por si tienes alma pagana, te aviso que debes respetar el "espejo de Venus"... La vaca sólo está acostumbrada a órdenes precisas. Parece interrogarme con la mirada. La pesada cabeza descende nuevamente sobre una gloria de margaritas y su hocico desaparece entre botones de oro y una nubecilla añil. Pierdo algo de mi paciencia: "¡Glotonal! —le digo—. ¿No tienes vergüenza? ¿No comprendes que te estás comiendo tranquilamente la paleta de un pintor..., la lira de un poeta?... ¿No ves que te estás devorando todo el paisaje?" Esta vez el animal parece haber comprendido algo en el tono de mi voz. Vuelve a mí su cabezota rojiza que huele a flores y a verdor, y sus ojos enormes de infinita dulzura me miran largamente, profundamente, con esa resignación atávica de los seres indefensos. Siento mucha vergüenza porque comprendo todo lo que acaba de reprocharme. "Discúlpame —le digo con mi voz más humilde, más cortés—. No he querido ofenderte. Sé que he sido injusta. Sí... yo también quería que nuestros pecados no fueran sino flores... como los tuyos..." "¡Tin!... ¡Tin!... ¡Tin!..." me contesta con un guiño de sus ojos. "¡Tin, lin, lin!..." suena nuevamente alegre el cencerro, mientras su atención se vuelve con deleite hacia un nido de nomeolvides que coquetean con un mazo de ginestrina color de sol.

Magdalen LIDDLE

(Especial para EL DIA)



Sesquicentenario propio para la Contaduría General de la Nación

¿QUIEN inició la calumnia, o la murmuración? (Véase —en el Diccionario— el matiz de diferencia). ¿Quién dijo que los orientales del Uruguay, éramos medio "nonchalante", en asuntos monetarios. Y que heredamos el fácil arbitrio de vivir de la caza y de la pesca?

*

Mentís rotundo a tales aseveraciones, es el hecho de que la Contaduría General de la Nación —también la Tesorería— cumplen su sesquicentenario, a la zaga de los múltiples cumpleaños de los grandes Hechos Históricos de 1825.

Apenas habían pasado seis meses desde la altiva Declaración de la Florida: "Decláranse irritos, nulos, y sin ningún valor para siempre..." Humeaban aún los campos de batalla de Sarandí y Rincón; incierto era —¡y tanto! el destino de la Nación; y ya, aquellos varones más asombrosos, según pasen los años, esta-

ban creando —por Ley— la Contaduría, la Tesorería y la Receptoría de la Provincia Oriental. Esto sucedía el 13 de febrero de 1826, en la Honorable Sala de Representantes que funcionaba en San José. La Ley (sin número) lleva las firmas de Juan Francisco Larrobla y de Francisco Solano Antuña. Poco después —por Decreto— se nombra el Personal...

Ahora —cuando lean— tendrán una sonrisa conmovedora los 600 empleados (hasta hace poco eran muchos más) que están en la muy cómoda casona de Colonia y Paraguay. Juzguen los estipendios de los heroicos tiempos:

\$ 2.000 al año, para un Contador Principal; \$ 1.000, para un Oficial 1º; \$ 800, para un Oficial 2º; y \$ 600, para un Oficial Auxiliar.

Por ahí, aprendíamos que una maldición gitana era: "¡Dios te haga maestro de Escuela!" Podía tener la variante: "¡O empleado Público!" Ya que

nuestro informante, nos borra la sonrisa, diciendo, en un golpe efectista de la información:

"En 1937, el sueldo inicial en la Administración, era de \$ 600 anuales". Leen bien: en 1937; once años después, aquellos más o menos jóvenes "pintunes" que bailaban en el Solís por los Carnavales, y dragoneaban en la Rambla de Pocitos y —cosa que no nos explicamos— invitaban en "El Telégrafo" o en "La Americana", y tenían su buen traje y empezaban a usar camisas de seda (algo de cómo se conseguían sabe Genarito Carcavallo) resulta que ganaban \$ 50 mensuales...

Miramos a nuestro interlocutor; y lo más seriamente que podemos —el recuerdo también es de bolsillo propio— le decimos: "¡Nadie podía vivir dignamente, así!"

Nos está atendiendo —muy finamente— don Menazei Schellenberg Orloff. Está de acuerdo: fueron

suelos míseros. Nosotras lo vemos tan enfrascado en su mundo de Estadística (estadígrafo es su profesión) que no nos animamos a hablarle del tango que dice: "Me hice ruin y pechador"... ¡\$ 50 para todo un mes!

*

Por fin, en ese mismo 1937 —ya tiempos del Contador Previtali—, por proyecto del mismo Schellenberg —que, digámoslo ya, tiene el grado más alto del Escalafón— la Contaduría "introdujo" la Ley del Escalafón Civil. Había —medio "puchitos", la mayoría— 257 sueldos distintos. El Escalafón distribuyó justicia, estudió méritos, hizo surgir categorías, y los 257 distintos "emolumentos" se redujeron a... ¡17! ¡Hay que estudiar, comparar, analizar, para saber que —entre tanta gente que realiza tareas— es más fácil que puedan "categorizarse" en 17, y no en 257! Pero... los intereses creados, las "ganadas de mano", en el momento de estudiarse los esperados Presupuestos, distorsionaron la Ley, que había sido soñada equitativa. Entonces, otra vez encierros, estudios, cálculos, y salió —en 1960— la Ley Nº 12.801, llamada "General de Sueldos". Ahora, todo tenía "andariveles", como decía Carlitos Bastos, famoso atleta y gran funcionario de la Contaduría. La Ley establecía distintos escalafones: a) Técnico-profesionales; b) Administrativos; c) Especializados; y d) Servicios Auxiliares. Todo con "Categoría" y "Grado"; y Salario Familiar, Asignaciones Familiares, Primas por Matrimonio, Nacimiento, etc. Lo vemos tan serio al estadígrafo, que no nos animamos a preguntar si se va a establecer la "Prima" por divorcio y nuevo matrimonio. No es una "boutade"; pero, de tres amigas que encontramos en nuestra visita, dos, están en eso... Para festejar el Sesquicentenario, será...

El actual Contador General de la Nación es el Contador Jorge Ponce De León Previtali... Sí, como están sospechando, sobrino de Dn. Raúl Previtali (veintisiete años, en el cargo). Este Jorge, ha de haber esperado —en sus cumpleaños infantiles— que pasaran horas y horas, para que el tío llegara al festejo... El trabajo de la Contaduría es tremebundo; en cuanto "aflojaron" un poco, preparando los festejos, ya algunos no cobraron en fecha... Una cosa es la Contaduría y otra, la Tesorería. El Tesorero General de la Nación, es el Contador David Cukierman. La Contaduría, ¿qué hace? Liquidar, interviene, controla los gastos, estudia planilla por planilla; la Tesorería, tiene que tener pronto los billetes que todos vamos a buscar a distintas ventanillas... ¿De dónde salen? De distintas Oficinas; de las de la Dirección General Impositiva, de las del Impuesto a la Renta, de las de Dirección General de Aduanas, de la de Impuestos Internos, de las de Loterías y Quinielas...

Cada Ministerio tiene su Contaduría Central; pero todas —como los ríos que van a la mar— que es el cobrar— desembocan en la Contaduría General de la Nación.

*

Por ese vasto edificio —levantado donde estuvo el quemado Teatro Politeama— han debido debatirse —en discursivos diversos— serios temas financieros. Pero, a veces, la música y los versos, han de haberse infiltrado para aligerar la adustez de los números. En diversos tiempos, fueron funcionarios Pedro Ipuche Riva, Romildo Rizzo, Fernán Silva Valdés, Amneris Bosco Gaibisso, Ema Maciel. Algunos "se fueron" del todo; otros, recientemente, por la Ley Nº 14.106 —Artículo 578— que estableció que aquellos que tenían 40 años de trabajo y más de 60 de edad, se jubilan sin tope. Otros, como el joven Dr. Ipuche Riva, porque se dedica de lleno a la Dirección del Conservatorio Nacional de Música. Miren por donde, Pintín no tiene que aclarar mucho con respecto a esos años, que ha sabido olvidar entre cortes y quebradas...

Por allá arriba —en piso anexado posteriormente a la construcción— señorea el Ministerio de Economía y Finanzas. Hasta allá no ascendimos. Nos conformamos con ver el Archivo —centenario— que guarda todos los expedientes que necesita el Banco de Previsión Social. Y con caminar —Paraguay abajo— hasta el Servicio de Garantías de Alquileres que —desde 1934— ha dado tanto respiro a quien necesita alquilar y no tiene ni "reajustables", ni contantes y sonantes, ni amistades importantes, financieramente.

*

Por las noches, quizá deambule por ahí el espíritu de Elías Regules, asiduo del "Politeama", en tiempos del estreno de su obra "Los guachitos", para encontrarse con el de otro "sarandíense": Fernán Silva Valdés. Y haciendo de carreta fantasma, la de Romildo; la de los ejes sin engrasar...

Elizabeth DURAND

(Especial para EL DIA)



También los poetas pasaron por allá: Romildo Rizzo, y Fernán Silva Valdés, cuya foto reproducimos



Un artista que, como abogado, estuvo en la Contaduría Gral. de la Nación: el Dr. Pedro Ipuche Riva, hoy Director del Conservatorio Nacional de Música



Y el popularísimo autor de "La Puñalada", Pintín Castellanos

CUANDO yo era niño, la Navidad era una jubilosos sorpresa. Días antes, nuestros padres, intérpretes de la voluntad de Dios, nos proponían una lista de pedidos al Niño. La imaginación se desataba: un velocipedeo, una caja de soldados, una muñeca, una cocina, un tren eléctrico, un uniforme de dragones, un majestuoso pastel de hojaldre. Los padres anotaban y discutían: No, esto no, el Niño Jesús está muy pobre este año, no hay que pedirle tanto. La víspera, el 24, poníamos los zapatos, a veces dos pares, para que el Niño depositase subrepticamente sus regalos. Algunos mayores nos decían: Los papás son los que colocan los juguetes. La noche del 24 tratábamos de no dormir para aguardar la llegada del Niño. Nuestros padres nos aconsejaban "Si no duermen temprano, el Niño pasará de largo. No le gusta que lo vean". Nos dormíamos esperanzados. El despertar era un gorgorito de risas y congratulaciones. El Niño cumplía con sigilo, eficacia y buen gusto.

Las cosas han cambiado. Los muchachos formulan ahora sus pedidos a sabiendas de que son los padres o abuelos quienes les hacen el regalo. Además, los propios padres se hacen obsequios entre sí, con gran preocupación del Niño Jesús y profunda alegría de Shylock, Asaiverus, Anás y Caifás, que serían quienes le darían muerte en el madero. Los siglos confunden a víctimas y victimarios, y concluyen con la ingenuidad de los pequeños. Vender ha sustituido a creer. Y de qué modo.

Yo recuerdo, cuando llegado a la madurez, desposeído de ilusiones de ese tipo, al menos quedaba la de intercambiar, la noche de Pascua, pequeños recuerdos, simples testimonios de afecto, no valiosos obsequios mercantiles. Bastaba un par de medias, una corbata, un portamonedas, un costurero diminuto, una una pitillera de tejido, un detente, un lapicero: todo simbólico. Andando el tiempo, los regalos subieron a la monta de cocinas eléctricas, planchas, automóviles, motocicletas, y hasta joyas. El Niño Jesús había sido sustituido por Papá Noel o por cualquier símbolo alejado de la dulce modestia del que nació en un establo.

De pronto, los tiempos se han puesto difíciles. No creo que la causa principal obedezca a la dege-

Cuaderno de Bitácora



Navidad y nacionalismo

neración del capitalismo, ni a los excesos de la sociedad de consumo, ni al crecimiento demográfico tremendo, ni a las fallas de la ecología: creo que primordialmente se debe al espíritu de lucro, a la vanidad, a la competencia de soberbias, a la ausencia de fervor cristiano. El día en que se conmemora el nacimiento del Niño Mannelito ha pasado a ser el día en que hace más negocios su peor adversario,

Plutón, rey de la codicia y el infierno. Naturalmente el error debe corregirse. ¿Pero cómo? Lo primero que se les ocurre a los hombres es formular declaraciones tajantes y lanzar pastorales aunque carezcan de rebaño auditor. Así está ocurriendo. En vez de trabajar en la base, o sea, devolviendo su ingenuidad y rodeando de ternura al niño, protagonista único de la Navidad, se trata de convencer a los mayores que muy poco tienen que ver en el asunto, de que morigeren sus apetitos y sigan el ejemplo de Dios. Para decir lo último se debería de haber seguido las enseñanzas divinas. Pero, por lo común, toman el nombre de la religión los que no creen en ella.

Hace falta esa sencillez para ser sencillos, modestia para ser modesto; no arrogancia para ser morigerados y énfasis para aconsejar simplicidad. Tampoco se trata de nacionalizar a Papá Noel como se le ocurrió a una peregrina mente (¿mente?) en un país tropical y hace unos pocos años. De lo que podría tratarse es de recuperar un espíritu auténticamente cristiano, que es lo básico de nuestra occidentalidad, y no hacer jerigonzas de creencias y hechizos y de aprovechamientos ilícitos de una causa sagrada como es la de volver al espíritu de Nazaret para servir a una causa nefanda como es la de entregar nuestra soberanía intelectual a civilizaciones ajenas y alienantes en nombre de una falsa autenticidad que sólo engaña a los que, por no tener fe en nada, pueden ser objeto de cualquier falacia.

A ver si gobernantes y gobernados, petroleros y despetrolizados, sionistas y antisionistas, revolucionarios (entre comillas) y contrarrevolucionarios (también entre comillas), izquierdistas, zurdos, semizurdos, ambidextros, derechistas y mutilados o mancos se avienen a ello. Y también los católicos que creen en Marx y los marxistas que no descuidan tener un boleto en la rifa de la eternidad cristiana. La vuelta a la simplicidad ¿no será uno de los mejores medios de sopesar los excesos de parafraasis, barroquismos mentales y soberbias extradimensionales como tanto abundan y sin causa?

Luis Alberto SANCHEZ

(Especial para EL DIA)

mirador

El pintor que parece una novela

LAM YAM, chino de Cantón, casó en La Habana con una multa, Serafina, mitad africana, mitad española. Notario, escribía documentos lo mismo en español que en caracteres chinos. Murió de ciento ochenta años; un brujo de Sagualgrande lo hizo caer del caballo. Aunque la caída fue mortal, la muerte gastó cinco días antes de lograr arrastrarlo al cementerio. Tenía 84 años cuando le nació de Serafina un hijo. Wilfredo Oscar de la Concepción. Haberle dado los nombres de Wilfredo y Oscar indica la fantasía errabunda del chino. El hijo hereda ese don y lo multiplica al infinito. Wilfredo Oscar ha cumplido, hace tres, sus primeros setenta años. Si no se le atraviesa otro brujo en el camino, el año 2002 celebrará sus primeros cien años divirtiéndose, a quienes le oigan, contando sus recuerdos de Picasso y André Breton. De los nacidos en Nuestra América, amigo de Picasso, Wilfredo fue el más constante y afortunado. Por Picasso, conoció a Chagall, Miró, Leger, Matisse, Braque... Wilfredo despertó el entusiasmo de Picasso con unas pinturas sacadas de un tenebroso misterio alucinante de congos y monicongos. En forma de amuletos le colgó al cuello estas contras y poderes Serafina la mulata. En La Habana lo arrulló con

fantasmas sacados del Africa mágica. Pintaba Wilfredo a la africana y sonreía con ojillos mongólicos. Tenía, además, alegría cubana, habanera. Y un desenfado en contar sus cuentos...

Cuando Lam empezó a descubrir su propio mundo, era Gran Maestro en los misterios de los negros de Cuba don Fernando Ortiz. Don Fernando y Lydia Cabrera, desentrañaron en las barriadas de La Habana todo lo que tenían escondido negros de muchas naciones del Africa. Ortiz y la Cabrera revelaron al mundo la historia de sus medicinas, sus bailes, sus iniciaciones, sus tambores. De ahí sacaron maravillas, para su poesía Pables Matos y Nicolás Guillén, para su pintura Wilfredo Lam. Lo que es único en Wilfredo es el estar parado en tres patas, con una base en el Asia, otra en Africa, otra en Cuba. El guía brujo que le orientó en España (cuando fue a estudiar el arte de la pintura) le colocó en el Prado ante los cuadros de Jerónimo Bosch y Bruegel el Viejo. Con eso y las verdes y amarillas llamaradas del Greco, el amuleto africano, la poesía de Cantón hizo que se le rindieran Picasso, Miró, Dali... y varias mujeres: Eva Píris, francesa; Helena Holzer, alemana; Lou Larin, sueca... con quienes se ha casado sucesivamente. Siguiendo la tradición de Lam Yam, su padre (el nombre Lam Yam significa —según Wilfredo— "el hombre del promontorio agreste que mira al cielo azul") ha puesto a sus hijos nombres sacados de cuentos exóticos: Stephen, Eskil Soren, Jan Eirk, Jonas Sverker...

Su amistad con Levi-Strauss se fortaleció cuando los dos, prófugos, se encaminaban a Martinica. En Martinica desembarcó con Victor Serge, el cineasta. En Santo Domingo se despidió de André Breton. En Nueva York se unió a Calder. En Haití se inició en el Vudu. En Río de Janeiro en la Macumba. Cuando en Nueva York expuso La Jungla —sacada de la Amazonia— hubo escándalo. Lo aplacó su dulcedumbre de chino. En el club decía: "Aunque querría tomar un vasito de sangre humana caliente, me contento con un martini seco..."

Lam tiene una casa cerca de Milano y otra en París. Ahora expone en Milano. Locura de entusiasmo. Todo el mundo quiere que le ponga la firma en el catálogo. ¿Se llama Brunilda? ¿Qué lindo nombre! ¿Aleman? Como una mujer con quien me casé en Barcelona... "¿Usted es Dolores? ¡Fantástico! Así se llamaba una hispano-portuguesa con quien me casé en Extremadura". Como Picasso, como Aragón, ama las revoluciones. Alejo Carpentier ha dicho que en la pintura de Lam hay "erupciones emocionales del génesis". En política, tocó a Lam entrar en el comunismo de Aragón cuando el despertar de Rusia. Ha registrado con encanto que Cuba sea una república rusoamericana. Pero su filosofía tiene sabor chino: "Somos hijos, por la naturaleza, del dolor y la gloria de vivir. Mañana vendrá una Sociedad de la Conciencia Universal, única y universal, orientada a la creación de los bienes comunes. Los hombres sentirán entonces vergüenza de su pasado repugnante, de criminales". Estas palabras son de Lao-Tse. Lam puede recitarlas lo mismo en chino que en castellano. Para algo el pintor tiene sangre de tres continentes. (ALA).

German ARCINIEGAS

(Exclusivo para EL DIA).

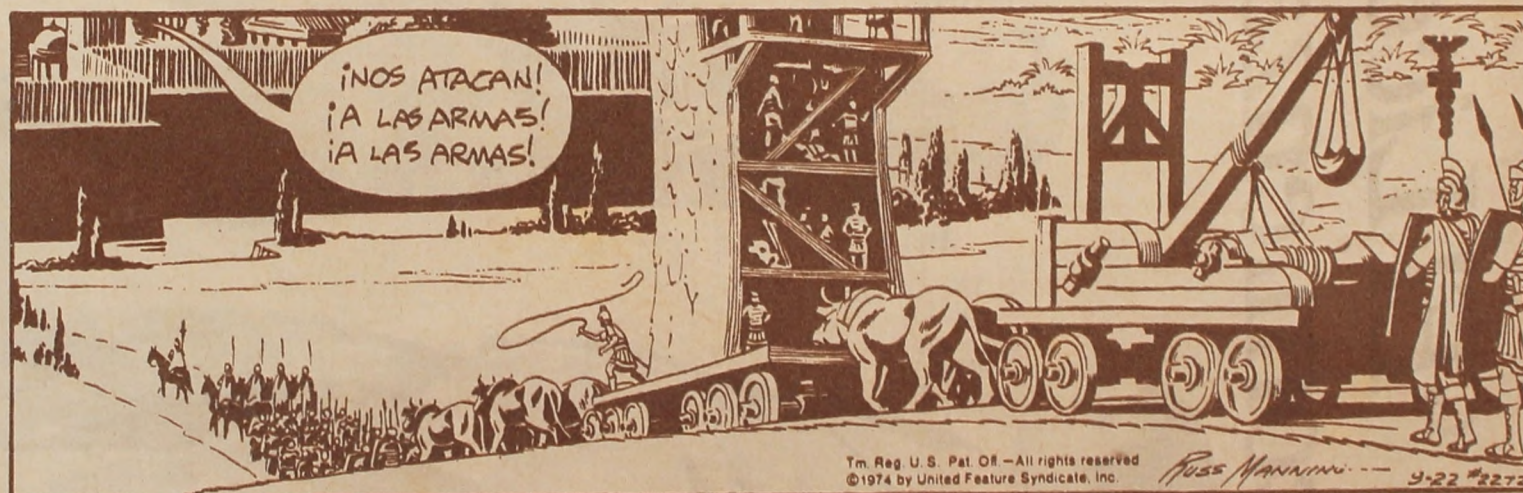
NOTA

A solicitud de un descendiente, aclaramos que en el artículo del Sr. A. Barrios Pintos sobre Pedro Trépani (I) aparecido el 25/I/1976 en este Suplemento, aparece equivocado el nombre del pintor que realizó la figura ecuestre de Lavalleya —que fue Carlos Ramón Masini (y no "C. R. María")— Por otra parte dicho cuadro, con el correcto nombre de su autor, apareció anteriormente en un artículo de otro colaborador.

AVANZÓ TARZÁN HACIA
EL COLISEO ENTRE LOS
ARBOLES DE LA SELVA
QUE AHOGABA A AQUELLA
DECADENTE CIUDAD ROMANA.

Tarzan

Por EDGAR RICE BURROUGHS



TM Reg. U.S. Pat. Off. - All rights reserved
©1974 by United Feature Syndicate, Inc.

Russ Manning 9-22-2272

En su barrio, para su comodidad, una agencia de Avisos Económicos de

EL DIA

● CIUDAD VIEJA: Rincón 529 - [CENTRO: 18 de Julio y Yaguaron EL DIA; Río Branco 1212; Paysandú 1099 esq. Paraguay (Ag. Riso)] - CORDON: 18 de Julio 2022 (Ag. Petraglia); Dante 2132 casi Joaquín Requena (Salón Stop) - PUNTA CARRETAS: Luis Franzini 810 esquina 21 de Setiembre - PARQUE RODO: Constituyente 2007 - POCITOS: Alejandro Chucarro 1183 casi Perelra; Juan Benito Blanco 827 bis; Francisco Muñoz 3081 entre Pagola y L. Pérez - RIVERA: Avda. Rivera 2621 - VILLA DOLORES: Avda. Rivera 3379 - TRES ESQUINAS: Comercio 1867 c. Avda. Italia (Salón Santa María) - BUCEO: Comercio 1443 (Libr. "San Dimas"; entre Rivera y Verdi) - NUEVO MALVIN: Hipólito Yrigoyen 1674 - MALVIN: Orinoco 5048 y Michigán; Almería 4602 y Yacó; Rivera 4501 esq. Colombres (Salón Los Olímpicos) - UNION: Avda. 8 de Octubre 3565 (Librería Sur); Avda. 8 de Octubre 4022; Jaime Cibils 2387 - VILLA ESPAÑOLA: José

Serrato 3296 casi Centenario - CURVA DE MAROÑAS: Avda. 8 de Octubre 4683 esq. Piccoli - LA COMERCIAL: Avda. Gral. Garibaldi 2559 - GOES: Avda. Gral. Flores 2942 A; Avda. Gral. Flores 4169 casi José Serrato - CERRITO: Avda. San Martín 3491 - ITUZAINGO: Avda. Gral. Flores 4996 - AGUADA: Avda. D. Fernández Crespo 1906 (Salón Progreso); Avda. Agraciada 2014; Gral. Luna 1350 esq. Melo (Salón San Pancracio); Gral. Aguilar 1144 (Bazar Muñoz) - VILLA MUÑOZ: Domingo Aramburú 1751 (Salón Carlitos) - REDUCTO: Guadalupe 1490 - CERRO: Avda. Carlos Ma. Ramírez 1886 esq. Gracia - CAPURRO: Uruguayana 3150 - PASO MOLINO: Avda. Agraciada 4109 - PRADO: Cno. Castro 836 casi Millán - ATAHUALPA: Avda. Millán 3791 - BURGUES: Burgues 3325 casi L. A. de Herrera (Salón Guido) - SAYAGO: 28 de Febrero 1044 - COLON: Avda. Garzón 1934 - PARQUE BATLE Y ORDOÑEZ: Avda. Italia 2791; Avda. Italia 3245

(Farmacia "San Marcos"); Canelones 2312 bis (Salón Artigas) - OBELISCO: Duv. Terra 1539 - CARRASCO: Cno. Carrasco km. 15; Arocena 1571 casi Rambla - PUNTA RIELES: Cno. Maldonado 6274 km. 12 - PIEDRAS BLANCAS: J. Belloni 4316 (Salón Bonanza) - MILLAN: Avda. Millán 3141 bis esq. Huidobro. ● EN EL INTERIOR: CANELONES: Treinta y Tees esq. Rodó. Pza. 18 de Julio (Kiosco Isardi) - LOS CERRILLOS: Máximo Tajes s/n. - LAS PIEDRAS: Avda. Artigas y Lavalleja (Kiosco Luisito); Plaza Avda. Batlle y Ordoñez 21 (Bazar Jorgito) - MALDONADO: Florida 878 - PARQUE DEL PLATA: Calle 2 esq. H - SAN JOSE: Carretera Colonia. Kilóm. 52; Ruta 1 Kilóm. 31.600. Playa Pascual - LIBERTAD: Ed. Macchi, 18 de Julio y 25 de Mayo - SALTO: Agencia Noticiosa EL DIA - PAY-SANDU: Agencia Noticiosa EL DIA - TACUAREMBO: Salón San Luis, 25 de Mayo 354. Tel. 2071.

El Liceo comienza en

Soler



**MEJORES
PRECIOS,
MAYOR
VARIEDAD
Y LAS
VENTAJAS
DEL CREDITO
SOLER.**

Pantalón en sarga de lana corte moderno, bolsillos laterales, color gris o azul, tallas 36 al 44 NS 37,20

Camisas para chicas o muchachos en polyester, manga larga, colores blanco o celeste NS 16,80

Blazer en paño de capa, modelo derecho de excelente terminación, talle 12 NS 64,80

Pollera en sarga de lana con dos tabloncitos atrás y dos adelante, talle 14 NS 24,80

Jumper en sarga, modelos de uniforme, colores azul, gris, verde, tallas 14 - 16 NS 44,00

Zapato, acordonado o mocasin, negro o marrón, con suela de caucho desde NS 26,80

Medias sport "Calsa" en stretch marley con elástico cambiante, en todos los colores de uniforme NS 2,24

Buzo escote V en lana, excelente terminación, colores azul y gris, tallas 42 al 48 NS 20,56

Sacón marinero en paño de capa con forro de abrigo capitoneado o escocés, talle 12 NS 72,80

Túnica para jovencita en Lavi-listo, prendida adelante, talle 12 NS 30,40

SARANDI CENTRO CORDON UNION AGRACIADA LAS PIEDRAS